

# MUÑECOS CÓSMICOS



**PHILIP K. DICK**

Tras dieciocho años de ausencia, Ted Barton decide volver a Millgate, la ciudad que le vio nacer y que dejó siendo un niño. A pesar del largo tiempo transcurrido desde su partida, no es capaz de recordar nada de lo que observa, asombrado, desde su coche. Aunque reconoce la disposición de las calles y los parques, los nombres de las avenidas y las actividades de los negocios parecen haber cambiado. Todo está ahora más deteriorado, abandonado. Tras consultar a varios peatones y tenderos, nadie acierta a responder a sus preguntas. Nadie le recuerda ni saben de qué está hablando.

En las oficinas de un periódico local accede al archivo histórico y descubre en la sección de estadística una mención al día de su nacimiento y a sus padres, aunque la dirección postal está incorrecta. Un poco más abajo lee la noticia de su propio fallecimiento, a muy temprana edad, por escarlatina. Ted decide quedarse en una pensión para descubrir el misterio que rodea a la ciudad y a sus extraños habitantes.

## I

Peter Trilling miraba en silencio cómo los demás niños jugaban en la tierra al lado del porche, estaban absortos en su juego. Mary, cuidadosamente, amasaba y moldeaba pedazos pardos de arcilla dándoles vagas formas. Noaks sudaba furiosamente para mantener el ritmo de ella. Dave y Walter ya habían terminado las suyas y descansaban. Bruscamente, Mary acarició su pelo negro, arqueó su esbelto cuerpo y colocó en el suelo una cabra de arcilla.

—¿Veis? —preguntó—. ¿Dónde están los vuestros?

Noaks sacudió la cabeza; sus manos eran demasiado lentas y torpes para competir con los dedos voladores de la muchacha. Mary ya había recogido su cabra de arcilla y rápidamente la reformaba, convirtiéndola en un caballo.

—Mira la mía —murmuró con voz gruesa Noaks. Plantó un aeroplano de forma tosca sobre la cola e hizo un sonido de acompañamiento con sus húmedos labios—. ¿Veis? Muy bueno, ¿verdad?

Dave rezongó.

—Eso es feo. Mira esto —colocó su cordero de arcilla cerca del perro de Walter.

Peter los miraba en silencio. Distanciado de los otros niños, estaba sentado y acurrucado en el escalón inferior del porche, los brazos cruzados, los enormes ojos pardos humedecidos. Su pelo pajizo y alborotado le caía en torno a su amplia frente. Tenía sus dos mejillas profundamente curtidadas por el sol cálido agosteño. Era una criatura pequeña, delgada y de miembros largos; tenía el cuello huesudo y

una forma extraña en sus orejas. Hablaba poquísimos; prefería sentarse y mirar a los demás.

—¿Qué es eso? —preguntó Noaks.

—Una vaca —Mary dio forma a las patas de su vaca y la colocó en el suelo, junto al avión de Noaks. Noaks lo miró con atención; se hizo hacia atrás infeliz, una mano puesta en su aeroplano. Luego lo levantó y lo miró pesaroso.

El doctor Meade y la señora Trilling bajaron por las escaleras de la pensión juntos. Peter se apartó, quitándose del paso del doctor; cuidadosamente evitó el contacto con la pernera azul rayada del pantalón y los negros zapatos brillantes.

—Está bien —dijo con brusquedad el doctor Meade a su hija, mientras consultaba su reloj de oro de bolsillo.— Es hora de ir a ver a Shady House.

Mary se puso de mala gana en pie.

—¿No puede operarme?

El doctor Meade rodeó con el brazo afectuosamente a su hija.

—En marcha, pequeña vagabunda. Al coche —se volvió a la señora Trilling con expresión profesional—, no hay nada de qué preocuparse, probablemente polen de las plantas. Están ahora floreciendo.

—¿Esas cosas amarillas? —la señora Trilling se secó sus chorreantes ojos. Su rostro regordete estaba hinchado y colorado; tenía los ojos semicerrados—. El año pasado no lo hicieron.

—Las alergias son extrañas —contestó con vaguedad el doctor Meade. Masticó la punta de su cigarro—. Mary, dije que entraras en el coche —abrió la portezuela y se deslizó tras el volante—. Llámeme, señora Trilling, si esos comprimidos antihistamínicos no dan resultado, Probablemente pasaré esta noche a la hora de cenar, de todas maneras.

Asintiendo y secándose los ojos, la señora Trilling desapareció en el interior de la pensión, marchando a la cálida cocina y a las pilas de platos que quedaron sucios después

del almuerzo. Mary se volvió de mala gana hacia la furgoneta, las manos bien metidas en los bolsillos de sus pantalones.

—Eso estropea el juego —murmuró. Peter saltó de su escalón.

—Yo jugaré —dijo en voz baja. Cogió la arcilla que Mary había abandonado y comenzó a darle forma.

El calcinante sol estival caía a chorro sobre las granjas montañosas, los acres de maleza salvaje y los árboles, los macizos de cedros, laureles y álamos. Y pinos, claro. Estaban saliendo de Patrick Country, acercándose a Carroll y a la proyección sobresaliente de Beanaer Knob. El camino estaba en mal estado. El esbelto Packard amarillo remontaba las escarpadas colinas virginianas.

—Ted, volvamos —gimió Peggy Barton—. Ya tengo más de lo que puedo soportar —se inclinó y buscó una lata de cerveza detrás del asiento. La lata estaba caliente. La dejó caer en la bolsa y se apoyó malhumorada en la portezuela. Corrían chorros de sudor por sus mejillas, y mantenía los brazos cruzados furiosamente.

—Más tarde —murmuró Ted Barton. Había bajado la ventanilla y se asomaba cuanto podía, con una expresión hechizada y excitada en el rostro. La voz de su esposa no le causaba impresión; toda su atención estaba en la carretera por delante y en lo que quedaba más allá de las siguientes colinas. Añadió al poco—: No, mucho más lejos.

—¡Qué éxito, maldito pueblo!

—Me pregunto qué aspecto tendrá. Mira, Peg, han pasado dieciocho años. Yo tenía sólo nueve cuando mi familia se trasladó a Richmond, me pregunto si alguien se acordará de mí... Aquella vieja maestra, la señorita Baines. Y el jardinero negro que se cuidaba de nuestra casa... El doctor Dolan. Toda clase de personas.

—Probablemente muertas —Peg se incorporó y con picardía se abrió todavía más el escote de su blusa. Su pelo negro se le pegaba al cuello; gotas de sudor se deslizaban por los senos hacia abajo, recorriendo su piel pálida. Se había quitado los zapatos y las medias y arremangado las mangas. Tenía la falda arrugada y sucia de polvo. Las moscas zumbaban en torno al coche; una se posó en su brazo brillante y ella la espantó de un manotazo frenético—. ¡Qué manera mas infernal de pasar unas vacaciones! Igual podíamos habernos quedado en Nueva York para sufrir. Por lo menos, allí hay algo que beber.

Delante, las colinas se alzaban bruscas y escarpadas. El Packard empezó a disminuir la marcha, luego la reanudó más fuerte al cambiar Barton de velocidad. Picachos inmensos se recortaban contra el horizonte; se estaban acercando a los Apalaches. Los ojos de Barton estaban casi desorbitados con la visión al acercarse mas a los bosques y montañas, de viejos panoramas, picos y valles familiares y curvas que no había esperado volver a ver jamás.

—Millgate queda en un vallecito —murmuró—. Montañas por todas partes. Sólo llega allí este camino, a menos que hayan construido otro desde que me fui. Tesoro, se trata de un pueblecito. Adormilado y corriente, como otros centenares de pueblos. Dos ferreterías, farmacias, herrería...

—¿Hay bares? ¡Por favor, dime que hay un buen bar!

—No más de unos pocos miles de personas. No hay muchos coches que vengan por aquí. Estas granjas no son muy buenas. El suelo es demasiado rocoso. Nieva en invierno y hace un calor infernal en verano.

—No lo dices de broma —murmuró Peg. Sus acaloradas mejillas se le habían puesto blancas; en torno a los labios tenía un tinte verduzco—. Ted, creo que me voy a marear.

—Llegaremos pronto —respondió con vaguedad Barton. Se asomó más por la ventanilla, retorciendo el cuello y tratando de adivinar el paisaje de delante—. ¡Vaya, ahí está

la vieja granja! Me acuerdo. Y aquí está el atajo. —Dobló por el camino principal a otro más pequeño lateral—. Pasado ese promontorio estaremos ya.

El Packard aumentó la velocidad. Corría entre campos secos y cercas en ruinas. La carretera estaba agrietada y cubierta de hierbajos, rota y en malísimo estado. Estrecha y con curvas muy pronunciadas.

Barton metió la cabeza dentro.

—Sabía que encontraría el camino. —Rebuscó en el bolsillo de la americana y sacó su brújula de la suerte—. Ella me condujo para volver, Peg. Mi padre me la regaló cuando yo tenía ocho años. La compró en el Almacén de joyería de Berg, en Central Street. La única joyería de Millgate. Sé que puedo fiarme de ella. He llevado esta brujulita conmigo y...

—Lo sé —gruñó cansina Peg—. Lo he oído centenares de veces.

Barton, con adoración, apartó la pequeña brújula de plata. Apretó con fuerza el volante y viró en el sentido de la marcha, creciendo su excitación mientras el coche se acercaba a Millgate.

—Conozco este camino centímetro a centímetro. Mira, Peg, recuerdo que una vez...

—Sí, te acuerdas. Dios mío, desearía que pudieses olvidar por lo menos algo. Estoy tan cansada de oír todos los detalles de tu infancia, todos los hechos adorables de Millgate, Virginia... ¡a veces me entran ganas de gritar!

El camino describía una profunda curva metiéndose en un espeso banco de niebla. Con el pie en los frenos, Barton giró el morro del Packard hacia abajo y comenzó a descender.

—Ahí está —dijo con suavidad—. Mira.

Debajo de ellos se veía un valle pequeño, perdido en la bruma azul del mediodía. Un arroyo serpenteaba entre el gris verde oscuro; era una especie de cinta de negro. Talarañas de polvorientos senderos. Casas; un macizo en el

centro. Millgate en sí... El cuenco impresionante y sombrío de las montañas que rodeaban el valle por todas partes. El corazón de Barton latió con dolorosa emoción. «Su ciudad...», donde había nacido, crecido, pasado su infancia. No había esperado nunca volverla a ver. Mientras él y Peg estaban de vacaciones, marchando en coche hacia Baltimore, se le ocurrió de repente la idea. Un viaje rápido a Richmond, para volverla a ver, para ver los cambios que había sufrido...

Millgate se cernía por delante. Masas de casas polvorientas, pardas y almacenes, bordeaban el camino. Carteles. Una estación de gasolina. Cafés. Un par de tabernas de carretera, coches aparcados en los estacionamientos «Golden Glow Beer». El Packard giró más allá de una farmacia, de una cochambrosa oficina de correos, y bruscamente salió al centro de la ciudad.

Calles laterales. Viejas casas. Coches estacionados. Bares y hoteles baratos. Gente marchando despacio. Granjeros. Camisas blancas de los comerciantes. Una sala de té. Un comercio de muebles. Dos verdulerías. Un gran mercado, frutas y verduras.

Barton paró ante un semáforo. Avanzó por una calle lateral y pasó por delante de un minúsculo colegio. Unos cuantos niños jugaban a béisbol en el polvoriento patio. Más casas, mayores y bien construidas. Una gruesa mujer de mediana edad, con un vestido informe, regando su jardín. Un tiro de caballos.

—¿Bien? —preguntó Peg—. ¡Di algo!

Barton no respondió. Aferró el volante con una mano; estaba asomado por la ventanilla, el rostro inexpresivo. En el siguiente cruce dobló el coche hacia la derecha y salió de nuevo a la carretera. Un momento más tarde, el Packard regresaba despacio por entre las farmacias, bares, cafés y gasolineras. Y aún Barton seguía sin responder.

Peg sintió un escalofrío de intranquilidad. Había algo en el rostro de su marido que la asustaba. Una expresión que

jamás había visto.

—¿Qué hay de malo? —preguntó—. ¿Ha cambiado todo? ¿No te parece familiar?

—Debe ser —murmuró con voz espesa—. Tomé la desviación adecuada... recuerdo el paisaje y las colinas.

Peg le cogió del brazo.

—¿Ted, qué hay de malo?

El rostro de Barton estaba pálido como la cera.

—Jamás vi esta ciudad antes —murmuró con voz ronca, casi inaudiblemente—. Es completamente distinta. Esto no es el Millgate que recuerdo. ¡No es la ciudad en que crecí!

## II

Barton detuvo el coche. Con manos temblorosas abrió la portezuela y bajó a la calcinada acera.

Nada era familiar. Todo extraño. Esta ciudad no era la Millgate que conociera. Podía advertir la diferencia. No había estado aquí jamás.

La ferretería cerca del bar. Era un antiguo y viejo edificio de madera, inclinado y ruinoso, su pintura amarilla, casi pelada por completo. Podía descubrir el interior, con arneses, equipo agrícola, herramientas, latas de pintura y descoloridos calendarios en las paredes. Más allá del escaparate punteado por las moscas había una exhibición de fertilizantes y productos químicos. Insectos muertos yacían a montones en las esquinas. Telas de araña. Carteles de cartón medio doblados. Era una vieja tienda... vieja como el infierno.

Abrió la enmohecida puerta y entró. Un hombrecillo reseco y viejo estaba sentado tras el mostrador, como una araña acurrucada, sobre un taburete. Gafas con montura de acero, chaleco, tirantes. Un montón de papeles y de colillas de lapicero en su torno. El interior del almacén era frío, lóbrego e increíblemente atiborrado. Barton se abrió paso por entre filas de polvorienta mercancía, hasta el anciano. El corazón le latía frenéticamente.

—¡Oiga! —preguntó nervioso.

El anciano alzó la vista miope.

—¿Desea algo?

—¿Cuánto tiempo llevan ustedes aquí?

El viejo alzó una ceja.

—¿Qué quiere usted decir?

—¡Este almacén! ¡Esta casa! ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

El anciano permaneció en silencio durante un momento. Luego alzó su mano, huesuda y tortuosa, y señaló una placa colocada en la antigua registradora de latón. 1927. Así, pues, el almacén inició sus negocios veintiséis años atrás.

Veintiséis años atrás Barton tenía un año de edad. El almacén había estado allí cuando creció. Sus primeros años, de niño, pasados en Millgate. Pero jamás había visto esa tienda, nunca. Ni tampoco había visto este anciano.

—¿Cuánto tiempo hace que vive usted en Millgate? —preguntó Barton.

—Cuarenta años.

—¿Me conoce?

El anciano gruñó furioso.

—No lo he visto en mi vida. —Se sumió en un malhumorado silencio y nerviosamente ignoró a Barton.

—Soy Ted Barton, el hijo de Joe Barton. ¿Se acuerda de Joe Barton? Un tipo corpulento, de amplios hombros, pelo negro. Vivía en Pine Street, teníamos allí una casa. ¿No se acuerda de mí? —Un súbito terror le acuchilló—. El viejo parque, ¿dónde está? Solía jugar yo allí. El antiguo cañón de la Guerra Civil. El Colegio de Douglas Street. ¿Cuándo lo derribaron? La carnicería de Stazy; ¿qué ocurrió a la señora de Stazy? ¿Está muerta? —Hablaba rápido. Los recuerdos asaltaban su mente.

El hombrecillo se había levantado lentamente de su taburete.

—Usted debe tener insolación, joven. No hay ninguna Pine Street por aquí.

Barton quedó abrumado.

—¿Le han cambiado el nombre?

El anciano descansó sus manos amarillentas en el mostrador y se enfrentó retador a Barton.

—Llevó aquí cuarenta años, más de lo que usted ha vivido. Nunca hubo ninguna Pine Street. Tampoco una Douglas Street. Hay un parquecito, pero no importa demasia-

do. Quizás estuvo con exceso bajo el sol. Será mejor que se vaya a acostar en algún lugar —miró a Barton con recelo y miedo—. Vaya a ver al doctor Meade. Está usted bastante confuso.

Turbado, Barton salió de la tienda. El sol calcinador se derramó sobre él cuando llegó a la acera. Caminó a lo largo, las manos en los bolsillos. La pequeña verdulería a la otra parte de la calle. Trató de recordar. ¿Qué hubo allí? Alguna otra cosa. Desde luego, no una verdulería. ¿Qué era...?

Una zapatería. Botas, sillas, artículos de cuero. Eso era. La Marroquinería de Doyle. Cueros curtidos. Maletas. Allí compré un cinturón, un regalo para mi padre, pensó.

Cruzó la calle y entró en la verdulería. Las moscas zumbaban en torno a las pilas de frutas y verduras. Latas de conservas. Y un trepidante refrigerador en la parte posterior. Un cesto de alambre con huevos.

Una mujer gruesa, de mediana edad, asintió complacida al verle.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo servirle?

Su sonrisa era simpática. Barton dijo con voz dudosa:

—Lamento molestarla. Yo vivía aquí, en esta ciudad. Estoy buscando algo. Una casa.

—¿Una casa? ¿Qué casa?

—Un almacén... una tienda —sus labios casi se negaron a pronunciar palabras—. La Marroquinería de Doyle. ¿Significa algo ese nombre para usted?

La perplejidad apareció en el amplio rostro de la mujer.

—¿Había aquí una...? ¿En Jefferson Street?

—No —murmuró Barbón—. Aquí, en Central, donde yo estoy.

El miedo sustituyó a la perplejidad.

—No lo entiendo, caballero. Llevo aquí desde que era niña. Mi familia construyó esta tienda en 1889, estuve aquí toda mi vida.

—Comprendo.

Barton retrocedió hacia la puerta.

—Comprendo.

La mujer fue ansiosa tras él.

—Quizás se equivocó de lugar. Quizás usted busca otra ciudad. ¿Cuánto tiempo hace, según me dijo usted que...?

La voz de ella se desvaneció mientras Barton salía a la calle. Llegó hasta un poste anunciador y leyó sin comprender: «Jefferson»

Esta calle no era el Central. Se había equivocado de calle. Una súbita esperanza nació. Se había equivocado de calle. Doyle estaba en Central... y esta calle se llamaba Jefferson. Miró rápidamente en torno. ¿Hacia dónde quedaba Central? Comenzó a correr, despacio al principio, luego más de prisa. Dobló una esquina y salió a una pequeña calle lateral. Bares pobres, hoteles ajados y tiendas oscurecidas por el humo.

Detuvo a un transeúnte.

—¿Dónde está la calle Central? —preguntó—. Busco Central Street. Debo haberme perdido.

El delgado rostro del hombre se contrajo con recelo.

—Siga —dijo, y se marchó presuroso. Un borracho apoyado contra la maltrecha pared lateral de un bar se rió en voz alta. Barton vaciló aterrorizado. Detuvo a la siguiente persona, una jovencita que iba de prisa con un paquete bajo el brazo.

—¿Central? —jadeó—. ¿Dónde está Central Street?

Con una risita, la chica se fue. A pocos metros se detuvo y se volvió para gritar:

—¡No hay ninguna Central Street!

—No hay ninguna Central Street —murmuró una vieja, sacudiendo la cabeza al pasar Junto a Barton. Otros asintieron, sin detenerse siquiera, sino que acelerando el paso. El borracho soltó una nueva carcajada. Luego bramó:

—No hay un nuevo Central —murmuró—. Todo el día el sol no dura lo mismo, caballero. Cada cual sabe que no hay aquí tal calle.

—Tiene que haberla —respondió Barton, desesperado—. ¡Tiene que haberla!

Se plantó delante de la casa donde nació.

Sólo que no era su casa ya en absoluto. Era un hotel enorme y mugriento en lugar de un chalecito pequeño, blanco y rojo. Y la calle no se llamaba Pine Street. Su nombre era Fairmount.

Se acercó a la oficina del periódico. No era el «Millgate Weekly». Ahora se llamaba el «Millgate Times». Y tampoco se trataba de un edificio cuadrado y gris de cemento. Era una construcción cochambrosa, amarillenta, de dos pisos, de madera y cartón piedra, una casa de apartamentos transformada.

Barton entró.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó el joven detrás del mostrador con placidez—. ¿Quiere usted poner un anuncio? —buscó una libreta—. ¿O es una suscripción?

—Quiero informes —respondió Barton—. Quiero ver algunos viejos periódicos. Junio de 1926.

El joven parpadeó. Era regordete y blando, con una camisa blanca, de cuello abierto. Pantalones bien planchados y uñas cuidadosamente recortadas.

—¿1926? Me temo que lo de antes de un año está almacenado abajo.

—Tráigalo —gruñó Barton. Arrojó sobre el mostrador un billete de diez dólares—. ¡Deprisa!

El joven tragó saliva, dudó, luego se dirigió hacia la puerta como una rata asustada.

Barton se sentó a una mesa y encendió un cigarrillo. Estaba apagando la primera colilla y encendiendo el segundo pitillo cuando el joven reapareció, con el rostro congestionado y jadeando, y llevando un enorme libro encuadernado en cartón.

—Aquí lo tiene. —Lo dejó caer en la mesa con estrépito y se enderezó aliviado—. Si quiere usted alguna otra cosa, no tiene más...

—Está bien —le interrumpió Barton. Con dedos temblorosos, comenzó a pasar las antiguas hojas amarillentas, 16 de Junio, 1926. El día en que nació. Lo encontró, buscó la columna de nacimientos y defunciones y con el dedo la recorrió rápidamente.

Allí estaba. Letra negra en papel amarillo. Sus dedos la acariciaron, sus dedos se abrieron en silencio. Allí ponían el nombre de su padre como Donald, no Joe. La dirección estaba equivocada. 1386 Fairmount en lugar de 1724 Pine. Daban el nombre de su madre como Sarah Barton en lugar de Ruth. Pero lo importante se encontraba allí. Theodore Barton, peso tres kilos treinta y tres gramos, en el hospital del Condado. Pero eso estaba equivocado, también. Estaba retorcido, distorsionado. Todo confundido.

Cerró el libro y lo llevó al mostrador.

—Una cosa más. Deme los periódicos de octubre, 1935.

—Seguro —respondió el joven. Cruzó presuroso la puerta. A los pocos momentos regresó. Octubre, 1935. El mes en que él y su familia vendieron su casa y se fueron. Se trasladaron a Richmond. Barton se sentó a la mesa y volvió las páginas despacio. 9 de octubre. Ahí estaba su nombre. Recorrió la columna rápidamente... Su corazón dejó de latir. Todo se quedó completamente inmóvil. Allí no había tiempo, ni movimiento.

#### LA ESCARLATINA VUELVE A AQUEJARNOS

Muere un segundo niño. Pozo cerrado por las autoridades sanitarias del Estado. Theodore Barton, nueve años, hijo de Donald y Sarah Barton, domiciliado en el 1386 de Fairmount Street, murió en su casa a las siete de esta madrugada. Con éste son dos los niños fallecidos y la sexta víctima en esta comarca durante un periodo de...

Con la mente en blanco, Barton se puso en pie. Ni siquiera se acordó de haber abandonado la oficina del perió-